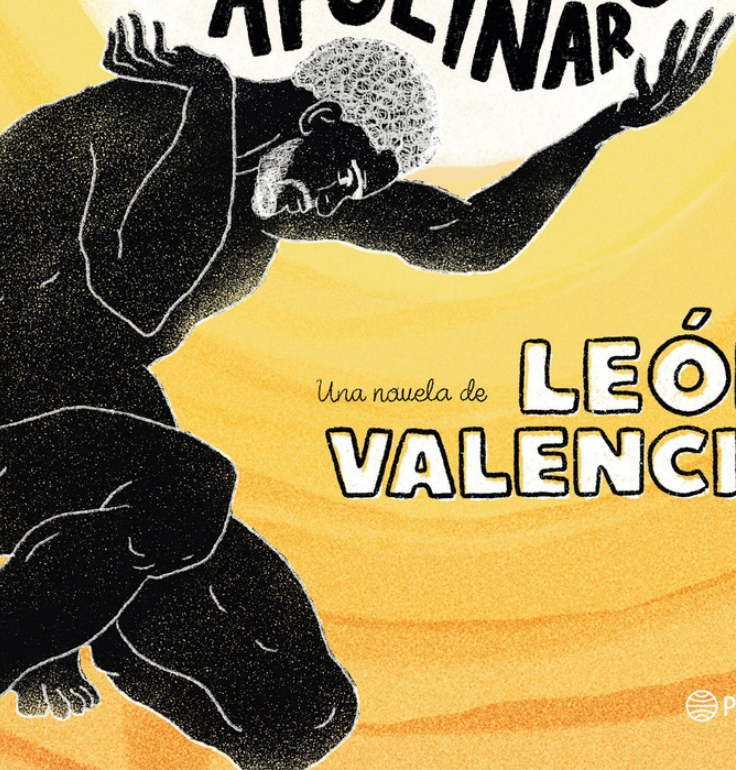


LA VIDA INFAUSTA DEL NEGRO APOLINAR



Una novela de **LEÓN
VALENCIA**

¿Te gusta leer? Únete a nuestras comunidades de lectores en redes sociales:



@Planetadelibroscosco



@Planetalibroscosco



Y uno para quienes disfrutan del ensayo, la crónica y lo mejor de la literatura:



@leeresmiplan



Regístrate aquí

Únete a nuestra comunidad de lectores, encuentra contenido exclusivo y comparte tus libros favoritos.



Planeta de Libros



LA VIDA INFAUSTA DEL NEGRO APOLINAR



LA VIDA INFAUSTA DEL NEGRO APOLINAR



Una novela de **LEÓN
VALENCIA**



© León Valencia , 2025

© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2025

Calle 73 n.º 7-60, Bogotá

www.planetadelibros.com.co

Primera edición en Colombia: junio de 2025

ISBN 13: 978-628-7779-75-4

ISBN 10: 628-7779-75-6

Impresión: xxxxxxxx xxxxxx

Impreso en Colombia – Printed in Colombia

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

*A Jorge Artel y Juan Guillermo Rúa,
negros que quisimos tanto.*



La ficción es el arte de hablar de la vida de uno
como si fuera la de los otros y hablar de la vida
de los otros como si fuera la de uno.

Orhan Pamuk

Flota como mariposa, pica como abeja.

Muhammad Ali



Planeta

*Dicen que leer en silencio es una costumbre reciente,
antes, mucho antes, se leía en voz alta.*



NOTA:
DEBES TENER UN LÁPIZ EN MANO
PARA INDICAR DÓNDE DEJAS LA LECTURA.



Valencia, te escribe Apolinar Mosquera, con el ruego de restablecer nuestra amistad y con la descarada súplica de que cumplas la promesa de escribir mi historia, algún día, cuando fueras escritor, tu sueño, o uno de tus sueños, porque tenías muchos, en esa juventud que compartimos hasta el día de mi tragedia de amor con Isabel, tan dolorosa, tan inesperada, que dejó tantas huellas en mi alma negra, esa tragedia que me separó a la vez de ella, de Damiana y de ti, las condiciones están dadas, ya eres escritor, he leído buena parte de lo que escribes sobre política y también dos novelas tuyas y yo estoy encerrado y sin nada que hacer en la casa grande, en la de siempre, en el barrio que por largo tiempo caminamos juntos, puedo escribir sobre los años que compartimos, es decir, los años de mi amor con Sara que te cautivaron tanto y también los primeros años con Isabel que igual te llamaron la atención, puedo hablar de mi infancia y de mi juventud y contar lo que hice después de la ruptura de nuestra amistad, así puedo escarbar en mi propia historia y mitigar la ansiedad que me produce este extraño encierro, así tengo motivos de conversación con Isabel, a la que volví años después de aquellos días en los que, con una torpeza infinita, me separé de los tres, recuerdo como si fuera hoy la escena del bar, para huir de Isabel martillé la pistola nueve milímetros sobre mi cabeza, exactamente en la sien, para no fallar, pero la bala no

estalló y entonces me miraste con tus ojos de espanto y saliste del bar, de nuestro bar, con pasos inciertos y cansados, como un viejo que ha dejado atrás la vida entera, sí, volví a Isabel y a Damiana y esa es, quizá, la parte más alegre que puedo contarte si aceptas tomar mi historia y hacer con ella un relato para tus lectores, Isabel seguramente llenará los vacíos de mi memoria y le dará un tono más cierto a lo que escriba, ella, lo supiste, es capaz de describir con asombrosa destreza los dolores, aun los más hondos, los físicos y los del alma, no creo que puedas escapar a la promesa, me querías y quisiste mucho a Sara, fue el día en que regresamos de Caracas, no podíamos con la pena, habíamos ido al entierro de Sara y de mi hija y estábamos sentados en la sala de la casa, en la casa en que te recibimos tantas veces, levantaste la copa de ron y con una cara grave y una voz adolorida, dijiste que algún día escribirías esa historia de amor, esa gran historia de amor, la primera que habías visto con tus propios ojos, dijiste, tan parecida a las historias de amor que le oías leer a tu padre en la sala de tu casa en ese pueblo del cual hablabas tanto cuando los humores del ron subían a tu cabeza, dijiste tengo que escribir tu historia cuando aprenda a escribir, esa noche lo prometías todo, en parte porque lo sentías, en parte porque querías romper mi silencio, el silencio del dolor, el silencio de los recuerdos, prometías una amistad para siempre, un viaje al corazón de África, asistir conmigo a una pelea de Muhammad Ali en el Madison Square Garden, en Nueva York, prometías y me mirabas para ver si salía de mi mutismo, para sentir que estaba ahí, que no me había ido a buscar en la memoria los días con Sara y con Irina, mi niña, que cumpliría justamente ese día los seis años, así fue que prometiste contar mi historia, solo para hacer honor a nuestra amistad, decías, y para celebrar el amor de Sara por un negro embadurnado de aceite, un negro que ofrecía solo sus manos, sus enormes manos, igual

para el trabajo y la caricia, o para protegerla en las noches de miedo, decías cosas bonitas esa noche, cosas que nunca habías dicho, porque en ese tiempo hablabas poco, en ese tiempo era yo el que hablaba, el que te contaba historias, fue después, años después, cuando tu memoria se llenó de historias, pero esa noche querías espantar mis recuerdos con tus promesas o con evocaciones alegres de los tiempos de Sara, sentía tu esfuerzo, sentía que estabas ahí para evitar que me derrumbara en la primera noche sin Sara, en esa casa que había sido suya, toda suya, porque ella dispuso todo en esa casa, los muebles de esparto, la cama grande de cedro, la pequeña biblioteca para ordenar los libros de vaqueros, los de Marcial Lafuente Estefanía, que fueron mi lectura preferida en un tiempo muy bello de mi juventud, en el puerto donde nací, una repisa donde reposaba la colección de discos de 78 revoluciones que heredé de mi padre, la cocina donde brillaba una vajilla que le había hurtado a sus padres, para regalársela al negro que no querían ver ni en pintura, te agradecí en el alma aquella noche, ahora podemos ir tras esas historias, yo las necesito para seguir viviendo y para paliar este encierro que no entiendo a pesar de que lo explican todos los días, van tres meses y no entiendo nada, el mundo se ha paralizado, el miedo acecha por todos los lados, Isabel y yo estamos en una jaula, en una jaula grande, pero al fin y al cabo en una jaula, nuestra hija Damiana está en otra con su novio, más pequeña, confortable dice ella, cada vez que hablamos, pero yo no le creo, no veo cómo puede haber confort en este momento, en esta incertidumbre, pero ella está con su nuevo novio y la novedad puede ser el nombre del confort, están en una luna de miel obligada, lo cual me alegra mucho, porque Damiana es un amor que me nació cuando ella tenía siete años, un amor de padre tardío, un amor de padre arrepentido, un amor con una fuerza que no había conocido, un amor que echó raíces en el

instante del primer abrazo, de un abrazo entre lágrimas que duró más de una hora, saber que ella está bien es el gran alivio de todos los días, la llamo muy temprano, ella intuye la hora, creo, porque contesta de inmediato y tiene siempre una palabra dulce para mí, ya sabrás más de ella, sabrás que heredó la fuerza y la manera de amar de su madre, un amor incondicional, un amor sin reproches, sabrás que alguna vez quiso ir a conocerte y yo la disuadí, le dije, simplemente, que me correspondía ir a mí, que era yo quien debía contarte cómo había sido mi regreso a los brazos de Isabel, el día de mi mayor fortuna, el día en que me arrepentí de matar a Julián, al mono Julián, cuando ya estaba en el suelo con mi mano izquierda en su garganta y con la derecha en el gatillo de la pistola, la misma pistola del bar, ahora sí con su cargador lleno, ese día en que lo dejé en el suelo rumiando su desgracia y regresé a donde Isabel para que me contara todo lo sucedido, para que me aclarara lo que me dijo Julián entre dientes, agobiado por mi mano y por el peso de su perversidad, no permití que Damiana fuera la primera en hablarte de esos hechos porque, además, ella no sabe a profundidad lo que nos pasó a su madre y a mí y no sabe nada de Julián, solo le contamos fragmentos, quizá ahora, si es que escribimos el libro, lo sepa todo, no creas que hablo de mi regreso con Isabel y Damiana para despertar tu curiosidad y lograr así que aceptes recibir mis historias y convertirlas en un libro, lo hago para que sepas desde el principio que mi vida dio un vuelco años después de aquella azarosa ruptura de nuestra amistad, lo hago porque en medio de las angustias que vivimos, la reconciliación con Isabel fue un bálsamo, algo que me hizo recordar que somos humanos, lo hago porque mi petición de reanudar nuestra amistad tiene el ingrediente de la gratitud y la confesión de la vergüenza, lo hice muy mal, Valencia, lo hice muy mal contigo, al día siguiente del reencuentro con Isabel y del abrazo con Damiana, debí ir a

pedirte perdón por mi lejanía, a decirte que me habías salvado la vida a mí, a Isabel y a Damiana, no importaba dónde estuvieras, hasta el mismo confín del mundo debía buscarte, fui cobarde y me contenté con pensar que estabas en un mundo inaccesible, en una de tus clandestinidades o en uno de tus exilios, me acobardé, Valencia, ahora no sé si será posible el encuentro, no sé si podré abrazarte, es tan confuso este momento y yo estoy tan viejo, que no sé, pero daría todo para que el milagro ocurriera, esperaré ese día con ansiedad, quizá después de escribir a dos manos nuestra historia tengamos el privilegio de encontrarnos, quién quita, vivimos momentos extraordinarios, pero empecemos por la promesa, empecemos porque vas a escribir y a publicar mi historia, debemos apresurarnos, he empezado a recibir noticias de amigos y de gente conocida que se está muriendo, el virus se expande y no distingue, va matando a quien se encuentra en el camino, debemos cuidarnos y apresurarnos, así que voy a escribir a diario y te envío uno a uno los episodios, los momentos que considero pueden tener algún interés para ti y para los lectores, los escribiré así como estoy escribiendo esta petición, como me vengán las cosas a la cabeza, de corrido, como un chorro de voz, tú sabrás ordenarlas y darles sentido para los lectores, tendrás que esperar para saber qué ocurrió después de la ruptura de nuestra amistad, tendrás que esperar para saber cómo volví a Isabel y a Damiana y qué hice en el montón de años que no nos vimos, porque contaré algo de mi infancia, algo de mi adolescencia, un poco de esa vida de puerto y de mar, sabrás de mi abuela, de mi madre y de mi padre, sabrás de mi primer amor, sabrás cosas que nunca te conté por pudor, aun sabiendo que te encantaba conocer historias, aun sabiendo que seguramente me comprenderías, voy a mostrarte mi origen, voy a contarte quién fui antes de conocernos, antes de esa tarde en que supe lo que hacías en la enorme tienda de tu tío, en ese abasto,

donde los corteros de caña cambiaban el fruto de su sudor por granos y avituallas para sus casas repletas de hijos, antes de esa huelga heroica y de ese incendio que nos hermanó aún más, de esa agitada tarde en medio de las enormes llamas que iluminaron el cielo en ese atardecer de horror, esa tarde de la brutal arremetida de la policía, esa tarde que dio para tantos cuentos en nuestras noches de tragos y de música, cuando ya habíamos dejado el ingenio y había quedado atrás mi experiencia de mecánico de tractores, mis fugaces años de sindicalista, mis días de encendidos discursos ante mis hermanos negros en las tierras de la caña y del azúcar, ese es mi plan, pero tú sabes contar mejor las historias y me dirás si estoy en buen camino o si debo empezar distinto, me lo dirás de inmediato, si aceptas la idea de escribir el libro, me dirás cómo empezar y yo obedeceré sin chistar para no perder tiempo, no fue fácil convencer a Isabel, eres un descarado, me dijo, tanto tiempo alejado, tanto tiempo sin dar señales de vida y ahora te le apareces a tu amigo Valencia con la gran idea de cargarlo con un libro, precisamente ahora, cuando todo el mundo está concentrado en salvar su pellejo y el de la familia de la enfermedad que acecha, valiente amigo, si acaso acepta tu descabellada propuesta tienes que decirle que yo no estuve de acuerdo, eso se lo tienes que decir, me dijo, y me recordó que me había insistido mil veces en que te buscara hasta que se cansó, ella quería que recuperara tu amistad desde el día en que volví a su vida, vio tu cara de reproche cuando me negué a tomar en mis brazos a Damiana el día en que nació, me lo confesó después, me dijo, tu amigo Valencia no entendió el rechazo a Damiana, antes de salir de la habitación del hospital para acompañarte me aseguró que volverías, que te traería, aunque fuera a rastras, aunque eso le costara tu amistad, eso fue lo que me dijo Isabel años después, cuando ya habíamos aplacado todos nuestros dolores, para evitar que te propusiera la

escritura del libro Isabel recurrió también a Damiana, me dijo que no le gustaba que salieran a la luz los avatares del embarazo y el nacimiento, que no sabía cómo reaccionaría al conocer su historia con todos los detalles, que una cosa era intuir algo extraño en su vida y otra conocerla a plenitud y tiene completa razón en esos temores, sabe que describiré esos hechos tal como ocurrieron, lo haré, aunque vuelva a desgarrar mi corazón, para eso escribe uno, para dar a conocer lo que lleva adentro, lo que alguna vez le carcomió las entrañas, no podemos evitarles todos los dolores a los hijos, eso debes saberlo porque tienes ya varios hijos, porque has visto crecer los de tus amigos, Damiana sabrá entender, le dije, sabe de amores y dolores igual o más que nosotros, a su edad ha pasado por varias decepciones y ha dejado plantado a más de un hombre, ha sufrido, no mucho, o no por largo tiempo, porque tiene un don especial para evitar las culpas y abrazar las alegrías, lo entenderá, le repetí, entonces Isabel aceptó por fin, me dio vía libre, necesitaba eso, no podía escribir el libro y pedirte ayuda sin su consentimiento, después de su aval estoy listo para empezar, luego de enviar este primer correo organizaré el cuarto donde voy a escribir, está en el segundo piso, en los tiempos en que nos visitabas servía de alcoba principal, después lo adecuamos como una sala alterna, así dejábamos como sala principal la de abajo, la grande, para reuniones concurridas y nos ubicábamos arriba cuando los invitados eran pocos, los amigos más cercanos, los de Isabel y los míos, dejábamos el primer piso y nos acomodábamos en la sala del segundo para oír música y dar cuenta de dos o tres botellas de ron, si recuerdas, es el mejor cuarto de la casa, con un ventanal que da al parque, tiene una pequeña terraza, de manera que bien se puede estar adentro con el aire acondicionado en los momentos de mayor calor o salir en las tardes y en las noches de brisa con un trago en las manos para mirar a los transeúntes y oír el

eco de las músicas que aún suenan en los bares del lugar, puedo hacer eso, escribir en las mañanas adentro y al final de la tarde en la terraza y mirar lo que ocurre afuera, lo puedo hacer ahora sin muchas perturbaciones, porque no está ocurriendo nada afuera, hay una soledad que aterra, solo se ven, de vez en cuando, mujeres y hombres cabizbajos y solos, caminan con sus tapabocas, a veces van acompañados de algún niño con su cara escondida en la mascarilla, esa vista tendré, no se sabe hasta cuándo, quizás hasta que termine el libro, será en todo caso un ambiente propicio, imperturbable, le diré a Isabel que puede interrumpirme cuando quiera, que puede ir a acompañarme a ratos, ratos largos si quiere, me servirá para leerle lo que voy escribiendo y preguntarle por mis olvidos, para cambiar de ambiente pondré una mesa y dos sillas cómodas en la terraza, así no tengo que andar moviendo el escritorio, así paso de un lugar a otro con mi computador y sigo escribiendo y borrando, escribiendo y borrando, hasta lograr que los párrafos se entiendan, que la historia suene, cosa muy difícil según voy sintiendo con este primer correo, es difícil escribir, Valencia, no sé cómo es lo tuyo, no sé cómo escribes, pero me he demorado horas y horas escribiendo estas primeras páginas donde aún no hay nada especial, donde aún no está el mar y el atardecer, tan difíciles de pintar, no están los enormes plantíos de caña, inabarcables, y los negros con su dolor, los negros con su protesta, los negros moviendo sus manos en el corte, con un ritmo frenético, un ritmo tan difícil de capturar con las palabras, no está la música que nos acompañó siempre, la voz de Lavoe, los sonidos de la salsa y el ambiente de las noches, no están los negros y las negras con sus tumbaos, envidia de blancos, no están los orishas de mi infancia en su misión de proteger o castigar a los negros, no está Changó, el orisha de mi padre, ese dios frenético que invoco en los días de alegría para recordar la sonrisa de mi viejo, no está

Osain, el orisha de mi abuela, la voz del monte, de los árboles frondosos y de todas las hierbas, no está el babalao que nos sirvió de guía en los tiempos del puerto, no están las grandes peleas de boxeo que vimos juntos y el arte inenarrable de Sonny Liston y de Muhammad Ali, no están los amores, todos los amores, uno por uno, con sus dichas enormes y sus oscuros desengaños, no están las cosas que pesan en una narración, solo está el ruego de que me acompañes a escribir y aun así no ha resultado fácil, Isabel viene cada tanto y me escucha leer o ella misma lee y cambia las palabras, aunque a veces me resisto, me dijo, por ejemplo ¿quién va a entender que los muebles de Sara eran de esparto? Le dije que era verdad, que Sara trajo esa fibra de España, en un viaje con sus padres, trajo un amasijo de cadenas de esa fibra y con esos tejidos tapizó los muebles, tendrás paciencia con mi escritura, viejo amigo, eso es lo que ordena la amistad, paciencia, por mi lado me comprometo a dejarme ayudar, a cambiar palabras o páginas enteras si así lo consideras, quizá no he escogido el mejor momento para pedirte que escribamos esta historia, no es un tiempo de certidumbres, no es un tiempo de alegrías, agregaremos a las desgracias del pasado los temores del presente, pero así es la vida, pocas veces hay un plan perfecto, pero jugaremos las mejores cartas en este plan, contaremos también las cosas buenas, bellas y alegres que vivimos, que no fueron pocas, las horas de amor que valen por siglos, los tambores que retumban noche tras noche en nuestros oídos, los triunfos que tantas veces recreamos en nuestros sueños, haremos un libro amable a pesar de la angustia que asedia las ciudades que habitamos, a pesar de las malas noticias que llegan con los vientos de la tarde, a pesar de las desgracias que vivimos, las mías que son tan grandes, tan dolorosas, no seremos inferiores al momento, una última petición antes de cerrar este primer correo, cabe la posibilidad de que alguno de los dos se vaya antes

de terminar el libro, puedo ser yo que recién cumplí setenta y siete años y estoy en esta ciudad donde el virus hace estragos, o puedes ser tú, que cumples apenas sesenta y seis años, pero eres poco dado a cuidarte, somos viejos, Valencia, y la enfermedad se extiende como la mala yerba, quiero que me jures que si uno de los dos muere el otro continúa con la tarea hasta su último aliento ¿Para qué? Para nuestros hijos, Valencia, para que sepan qué es la amistad, para que conozcan a un negro que no se dejó doblegar por las desgracias y encaró la vida con alegría, un negro orgulloso de su negrura, para que conozcan también algo de tu vida, algo que no hayas contado en los libros que has escrito, para que sepan que en los sueños de tu niñez no estaba la política sino la escritura, que no querías las armas, lo que querías de verdad era contar historias de los armados, historias de las guerras, no se me escapa que yo estoy más cerca de la partida, es así, once años de diferencia a estas edades pesan mucho, pero me siento bien y tengo motivos para vivir, aún tengo deudas con Damiana y con Isabel, aún les debo una porción de amor, la que no les di a lo largo de siete años, la que les negué por bruto, por puro bruto, voy a resistir, para compensarlas, voy a resistir para compensarte, para que tengas el libro que prometiste aquel día que andabas prometiendo todo, para que la petición de perdón que te llega en este primer escrito tenga sentido, Isabel me ayudará a resistir, lo sé, siempre lo ha hecho, no sabes cuánto, no alcanzaste a conocerla, o mejor, la conoces de antes de nuestra ruptura, como la conocía yo, pero no sabíamos la fuerza que escondía, no teníamos una mediana idea de su entereza, cuando el virus se vaya tienes que venir para nuestro abrazo y para que la conozcas bien, ella por lo demás te adora, eres el blanco que nunca la traicionó, que creyó en ella en el momento en que yo abjuré de su amor, no puedes dejarla sola cuando yo no esté, si vives más que yo tienes que cuidarla, ya ves, a medida que escribo

te pido más y más, al principio que escribiéramos un libro y reanudáramos nuestra amistad, eso era lo único que quería, luego pasé a pedirte que si me voy primero debes mantener el compromiso del libro y ahora que cuides a Isabel, y no faltará el momento en que te pida algo para Damiana, quizá que la visites, que no le niegues nunca un consejo, son las once de la noche y esta ciudad bulliciosa, la más bulliciosa que conozco, está en silencio, es un silencio sin atenuantes, no se oye el ruido de un motor, ni un tambor, ni el acorde de una guitarra en alguna esquina del barrio, ni el jadeo del amor en la vecindad, ni el rumor de los conversadores de oficio, nada que indique que la ciudad está viva, son las once de la noche y no puedo aguantar las ganas de enviarte este correo, no puedo esperar hasta mañana, ahí va.



Hermano, abrí tu correo a la una de la mañana y lo leí letra por letra, dos veces, tantas sorpresas juntas, saber que estás bien, más viejo, pero bien, saber de Isabel y de Damiana, saber que vives en el barrio de siempre, en el barrio donde nos vimos por última vez, saber que me quieres igual o más que antes, no esperaba una alegría así en estos días donde uno se sienta a arañar los recuerdos con la esperanza de encontrar motivos de felicidad en el pasado para espantar las angustias de un presente lleno de malos presagios, me acosté a rumiar esa alegría con la ilusión de dormir unas horas y levantarme con la lucidez necesaria para iniciar la labor de escribir contigo el libro de nuestra amistad, a dos manos, como dices, más la mano tuya que la mía, mucho más la tuya, porque veo que tienes la mano afilada, veo que tienes hambre de escribir, veo que tienes viva la vena de contador de historias, la que disfruté cuando apenas tenías veintisiete años, hace cincuenta años para estas fechas, cómo vuela el tiempo, Apolinar, me enseñabas a tomar ron mientras hablabas del mar de tu infancia, de los barcos de tu infancia, de tu padre subiendo y bajando de los barcos, me contabas esas historias en esas noches largas, en esas noches con Sara o con los corteros de caña en tu casa o en la caseta de las hermanas Rivera, ahora sé que evitabas contar otras historias, me dices que las contarás ahora, eso es un aguijón para mi curiosidad, no pude dormir,

saber que algo o alguien te llevó de nuevo a donde Isabel y a donde Damiana, algo o alguien, me sustituyó en la promesa de llevarte a rastras a tomar en tus brazos a Damiana y a seguir por siempre con Isabel, me mata la curiosidad, menos mal que reparaste esa injusticia, no sé lo que pasó, pero sí sé que Isabel no podía hacerte mal, no era capaz de una afrenta contra ti, era una negra íntegra, tan íntegra como negra y te amaba tanto que no era capaz de cometer una falta contra el amor, veo también que a esa niña hermosa que alcancé a ver solo unos instantes le pusieron el nombre que tú habías escogido, Damiana, un nombre que a Isabel y a mí nos sonaba extraño, un nombre del que no querías dar ninguna explicación, en mi cabeza tenía la idea de que propondrías el nombre de Irina, para recordar a nuestra Irina, pero no, desde el principio dijiste que debería llamarse Damiana, en algún momento debo saber el motivo de tu regreso, en algún momento debo saber por qué perdonaste a Isabel, si había algo que perdonar, esperaré ansioso ese momento, solo por eso aceptaría escribir el libro contigo, eso sin más, justifica esta nueva aventura, dormí poco y me levanté con la fiebre de escribir, me levanté con la fuerza que había perdido en estos meses de agobio, me levanté para honrar la promesa de ayudarte a escribir la historia de amor más alegre y más trágica que he visto a lo largo de mi vida, hermano, también para ayudarte a escribir las demás historias y para conocer tu vida toda, porque me dices que vas a escribir del pasado, de ti y de tus ancestros, me dices que vas a escribir lo que pasó después de nuestra separación, aún no amanece y llueve y hace frío en esta ciudad que se quedó sin alma, o que escondió su alma, esta ciudad que se ha quedado quieta, como la tuya, como todas las ciudades, ancladas en un mar de incertidumbres, todas las mañanas, con la primera luz del día, salgo a la terraza para mirar las calles vacías y para imaginar que están haciendo los vecinos en sus

casas, siento sus miradas, no pueden desentenderse de lo que ocurre afuera, entreabren las ventanas para mirar, pero hoy no saldré, ni mañana, ni pasado mañana, porque me quedaré sentado al computador haciendo memoria para ayudarte a escribir, me gustó tu manera de escribir, es como si te soltaras a hablar sin parar, un chorro de voz, sin pausa, voy a tratar de seguirte, quién sabe si soy capaz, me gustó tu manera de contar lo que ocurrió la noche en que llegamos de Caracas sin Sara y sin Irina, no sabía qué inventar para mantenerte a flote, eras un náufrago que no quería siquiera aferrarse a un madero para salvarse, yo sufría, pero sufría menos y, además, estaba deslumbrado reconstruyendo en mi memoria la historia de amor que había visto florecer desde una noche de sábado en que Sara llegó con sus padres al baile de negros en Piedras Blancas, fueron solo a mirar, solo a ver si era verdad que los corteros de caña y los operarios de la fábrica y los conductores de camiones y tractores y los mecánicos y las negras que cocinaban y atendían los comedores y las mujeres de oficios varios y las hijas de los campesinos de las veredas cercanas al ingenio, armaban un rumbononón los sábados después de dejar el trabajo, los Caicedo llegaron solo para ver si era verdad que los negros y las negras se emperifollaban y salían en busca de los nuevos sonos, los aires que estaban llegando de las Antillas, la guaracha, el *bugalú*, el bolero que se había renovado con estas nuevas músicas, era el son cubano en todo su apogeo y llegaba en vinilos que pasaban de mano en mano hasta llegar a tierra de negros, donde el son tenía una acogida singular y entraba sin pedir permiso y se quedaba para siempre, Sara los obligó a ir con la amenaza de que si no la acompañaban se iría sola y quién sabe si volvía porque con los negros nunca se sabe, les decía, así fue que la conocí, así fue que la conociste, en medio del baile, estaba afuera, mirando por encima del entramado de bambú que rodeaba la pista de baile, abrazada por

su padres que miraban temerosos a esa miriada de negros que danzaba sin cesar, no iban a entrar, ni de fundas, no iban a atravesar la barrera que los separaba de los negros, solo querían ver y alejarse, mirar y huir, una rubia te mira, te dije, una rubia no te quita los ojos de encima, nos mira, dijiste, te mira más a ti que a mí, no es cierto dije, ya quisiera yo que fuera así, mira al hombre grande, al hombre que sabe bailar, al negro con su tumbao, al negro que asedian por igual las negras, las mulatas y las blancas, solo porque lleva el ritmo en sus venas, porque baila como si tuviera en su cuerpo al dios de la danza, ve y la traes a la pista, te juro que no se va a negar, aceptará tu mano, lo veo en sus ojos, escapará de sus padres para venir al abrazo de los negros, así fue cómo ocurrió el milagro, lo debes recordar, llegó a la pista de tu mano con una falda roja que caía sobre sus rodillas, una blusa blanca ceñida a la cintura y unos aretes carmesí, una aparición, una verdadera aparición, los negros durmieron un poco su ritmo, aquietaron un tris sus pies y sus caderas, se apartaron un poco, abrieron un círculo para que la nueva pareja desplegara su ritmo y su sabor y ustedes dos no se despegaron hasta que, una hora después, entraron el señor y la señora Caicedo con una cara de pocos amigos a sacar a su hija del tremedal en que se había metido, Sara salió casi a rastras y nosotros salimos detrás, un poco lejos para no asustar más a los Caicedo, ¿te acuerdas? Caminábamos y no parabas de hablar, negro, era rubia de verdad, decías, era una pluma en mis manos, a los cinco minutos mi voluntad estaba en su cuerpo, la sentía respirar tranquila, extrañamente tranquila, en medio del agitado ir y venir, en medio del *bugalú*, decías, y yo te respondía, sí, era rubia, auténticamente rubia, lo había leído hacia poco en una revista de vanidades, las auténticas rubias son muy pocas en el mundo, escasos cinco millones, con los ojos azules, el pelo ligeramente rojizo, la piel dorada, de piernas y cuellos largos, van por la vida

despertando envidias o deseos, suscitando frases poéticas o terriblemente cursis, están dispersas en el planeta, eso te decía, para que no hablaras solo, para que llegáramos despiertos al amanecer y viéramos nuevecito el cielo de la mañana tan azul como los ojos de la rubia que se atravesó en la noche de Piedras Blancas, no me sorprendió que aceptara bailar contigo, negro, siempre fue tu arma secreta, pero debo confesar que no esperaba que te llamara dos días después, eso era ya lo máximo, alguien gritó en el restaurante del ingenio que había una llamada para el negro Apolinar, una mujer, dijeron, y se levantó el murmullo de los doscientos setenta y seis trabajadores congregados para la cena, tampoco esperabas eso, me dijiste el domingo en la tarde que el baile les había arrebatado la palabra y no se dijeron nada, nada de nada, ni una dirección, ni un teléfono, ni una amiga a quien acudir, solo el nombre y un adiós apresurado en medio del estruendo de la música, la señal de continuidad la dio Sara, la noche de Piedras Blancas fue el recuerdo más insistente el día en que regresamos de Caracas, el mío y también el tuyo, porque solo saliste del mutismo una vez en la noche para decir que aceptabas volver a ese lugar muy pronto para rendir un homenaje a nuestra amada Sara, ya éramos bastante amigos cuando conocimos a Sara, yo había llegado un año antes a los predios del ingenio, venía de un pueblo lejano colgado en una montaña, había dejado a medias el bachillerato para conocer otras tierras y otras gentes, dejé a mi padre enfermo y a mi madre en la dura faena de sostener a una familia de seis hermanos, no era noble mi decisión, pero era necesaria, vivía en un mundo muy estrecho, sin horizontes económicos, sin mayores posibilidades académicas, quería buscar fortuna para ayudar a mi familia, quería descubrir lo que se encontraba más allá de las montañas y se me ocurrió que debía buscar un destino seguro para mi primer viaje, que no podía irme a aventurar sin rumbo,

por eso terminé donde el tío solvente, el tío con fama de rico, eso te conté en mi primera conversación, si recuerdas bien, salí de la tienda de abarrotes, o comisariato, como la llamaban, a eso de las siete de la noche y me estabas esperando en la puerta, querías entender por qué algunos trabajadores decían cosas buenas de mí, fácil, te dije, porque hago algunas excepciones y les doy un poco más de arroz del que pueden comprar, porque les echo un poco más de frijoles y de aceite, algo más de maíz, no mucho, para que no se dé cuenta mi tío, pero algo, eso alivia un poco su situación, algunos tienen más hijos de los que pueden sostener con los salarios que paga el ingenio, lo siento, lo sé, lo veo en la cara que ponen cuando les digo que el “vale” o tiquete que tienen en sus manos no les alcanza para las cantidades de mercado que están pidiendo, entonces les pregunto por el número de hijos, así es que hago algunas excepciones, rogando para que mi tío no se entere y no se entera o mejor no indaga porque le ha salido muy bien mi llegada, soy bueno para las cuentas y tengo alguna malicia para descubrir si algún empleado intenta robarle, eso ha significado que, a pesar de mis excepciones, las cosas vayan mejor, las cuentas vayan mejor, a mí esto me alegra la semana, al principio sufría, me costaba aceptar que los corteros de caña recibieran vales para cambiar en la tienda por mercado en vez de dinero en efectivo, me costaba entender además que los salarios de gente que trabajaba tan duro alcanzara para poco, decidí entonces aliviar un poco mi conciencia con las excepciones, solo un poco, porque sé que mi tío hace parte del engranaje, gana menos que los dueños del ingenio que según he sabido cada día tienen más tierra y más cañas y más casas acá y en el exterior, pero gana y gana bien, sin mucho riesgo, cada mes, religiosamente, los dueños del ingenio le giran la suma de dinero de los vales, así sus hijos, que son cuatro y no se asoman a la tienda, disfrutan de una gran vida en la ciudad, cada uno con

su auto, cada uno con su mesada mensual, sentí que el cuento te gustó porque me llevaste al pequeño apartamento que te proporcionaba la empresa para ofrecerme un ron y poner a sonar un bolero en tu viejo tocadiscos, así empezó nuestra amistad, con mi confesión de un delito y un trago de ron en la mano, te voy a ayudar con mis recuerdos para que escribas tu libro, eso modifica mi promesa de hace cuarenta y dos años, en ese tiempo quería ser el autor del libro de tus amores con Sara, pero después vino Isabel, un amor distinto, pero tan o más intenso que la pasión con Sara, ahora me cuentas que tuviste un primer gran amor en el puerto, de manera que si solo fuera un libro para contar tus amores ese libro sería muy distinto al que prometí esa noche desgarradora de hace cuarenta y dos años, pero es que, además, ya hay una vida de eventos extraordinarios, una vida alguna vez al borde del suicidio, una vida que atesora misterios de los negros, una vida de amores y rupturas, de luchas incontables, de viajes, de soledades, te ha pasado todo en la vida Apolinar, ahora quiero que tú escribas ese libro, te ayudaré con mis recuerdos, pero puedes incluso cambiar mis recuerdos si no compaginan con los tuyos, para eso es tu libro, la caseta de baile de Piedras Blancas fue un invento de una familia puertorriqueña, los padres y cuatro hermanas, mulatas, todas ellas, que llegaron a esos parajes buscando una nueva vida, así me lo contó Judith, la menor, mi amor platónico de esos años, veníamos de Puerto Rico y llegamos primero a la ciudad de las montañas, en esa ciudad las mujeres solo bailaban en salones distinguidos con sus maridos o sus novios de toda la vida, boleros, solo boleros, de vez en cuando un tango, señoras modositas que no se arriesgaban con la percusión, no había ambiente para nuestro relajo, nos miraban de manera extraña, se les iban los ojos detrás de nuestras caderas, pero no hablaban con nosotras, no se atrevían, menos con nuestros padres que estaban buscando un lugar para



Planetade**Libros**

¿Te gusta leer?

Únete a nuestras
comunidades de lectores
en redes sociales:



@planetadelibrosco



Planeta de Libros Colombia



@planetadelibrosco



@PlanetadeLibrosCo

Conoce más libros haciendo clic en:

planetadelibros.com.co



Grupo  Planeta

Creemos en los libros